



Orientaciones para la acción de Cáritas en la parroquia



Permaneced en mí, como yo en vosotros. Lo mismo que el sarmiento no puede dar fruto por sí mismo si no permanece en la vid, así tampoco vosotros si no permanecéis en mí. Yo soy la vid; vosotros los sarmientos. El que permanece en mí y yo en él, ése da mucho fruto; porque separados de mí no podéis hacer nada. (Jn 15, 4-5)

FORMACIÓN DEL CORAZÓN

"Cuantos trabajan en las instituciones caritativas de la Iglesia deben distinguirse por no limitarse a realizar con destreza lo más conveniente en cada momento, sino por su dedicación al otro con una atención que sale del corazón, para que el otro experimente su riqueza de humanidad. Por eso, dichos agentes, además de la preparación profesional, necesitan también y sobre todo una «formación del corazón»: se les ha de guiar hacia ese encuentro con Dios en Cristo, que suscite en ellos el amor y abra su espíritu al otro, de modo que, para ellos, el amor al prójimo ya no sea un mandamiento por así decir impuesto desde fuera, sino una consecuencia que se desprende de su fe, la cual actúa por la caridad (cf. Ga 5, 6)" (Benedicto XVI, Carta Encíclica "Deus Caritas Est", 31).

Contra esta advertencia de Benedicto XVI, a veces, dentro de Cáritas, caemos en la tentación de vivir como experiencias autónomas acción y contemplación, compromiso y espiritualidad, de comprenderlas como experiencias independientes o superpuestas, si no contrarias. Esta dualidad se corresponde, no pocas veces, con otro desenfoque de mayor calado todavía: el que desliga la experiencia de fe de la propia experiencia de vida.

Espiritualidad cristiana.

Fe, vida y acción se relacionan para los cristianos en la forma que tenemos de concebir y cultivar la *espiritualidad*. Es esta palabra la que mejor nos sirve para significar la idea de vivencialidad honda de nuestra experiencia de fe.

La espiritualidad no significa necesariamente *espiritualismo*, como tendemos a interpretar frecuentemente, ni un repliegue hacia la interioridad que nos enajene de la realidad material. Difícilmente podrá pensarse una espiritualidad *seglar* (secular, vital, mundana) que apunte a la separación del mundo. Al contrario, la espiritualidad tendrá que ser, más bien, algo que ilumine nuestra forma de situarnos, de afrontarlo, de relacionarnos con él. No podrá amparar una huida ante la dificultad o el conflicto, sino una forma de reconocer que los procesos sociales e históricos que nos afectan constituyen una llamada de Dios. Tampoco una experiencia centrada en la renuncia a todo lo bueno y gozoso que Dios ha puesto en este mundo, sino todo lo contrario: en la vida, en su plenitud, en su dignidad, en su goce y disfrute.

Espiritualidad tampoco se identifica con esa *religiosidad* entendida como un consumo de actos de piedad que son un añadido a lo humano, ni aunque éste sea muy frecuente e implique una gran carga emotiva. Para los cristianos, una religiosidad vivida así no da una medida justa de la espiritualidad.

Más bien, la espiritualidad tendrá que ser algo que dé calidad y sentido a la vida de la persona, pero que, a la vez, produzca en ella una transformación interior

que alcance a la propia realidad. Este significado es lo que se expresa en el Nuevo Testamento con los símbolos del "nacer de nuevo" y del "camino". Ese "estar atento" a la presencia del Espíritu para acoger los aspectos más verdaderos y más auténticos del hombre, de la vida y de la historia; esto es, dejarnos conducir por el Espíritu en el seguimiento de Jesús, "vivir según el Espíritu", "ser conducidos por el Espíritu", "caminar según el Espíritu".

Pedagogía y espiritualidad de la acción caritativa.

"La espiritualidad cristiana se parece a la humedad y al agua que mantiene empapada la hierba para que ésta esté siempre verde y en crecimiento. El agua y la humedad del pasto no se ven, pero sin ellas la hierba se seca. Lo que se ve es el pasto, su verdor y su belleza; y es el pasto lo que queremos cultivar, pero sabemos que para ello debemos regarlo y mantenerlo húmedo" (Segundo Galilea).

En Cáritas hablamos muchas veces de la necesidad de una "espiritualidad de la acción caritativa", es decir, de la necesidad de que nuestra experiencia de acción nos sitúe en un proceso de renovación vital que nos aporte algo más profundo que la realización de una actividad social o una ideología.

Reconocemos así que nuestro ser Cáritas es parte fundamental de nuestra experiencia de fe, y que debe servir para abrirnos a todos y a cada uno a la posibilidad del cambio, de la conversión. En ese sentido de cambio personal y comunitario hablamos de que lo que vivimos en Cáritas ha de ser un proceso que nos eduque a nosotros mismos, es decir, una *pedagogía*.

En la medida en que seamos capaces de entrar en ese proceso, en que lo que vivamos quede configurado y nutrido por un espíritu nuevo, aportará algo nuevo y distinto. Pero si esto falla, si ni siquiera lo intentamos o no nos interesa, difícilmente podremos afirmar, más que como un tópico carente de relevancia, que Cáritas es más que una ONG.

Sin embargo, nuestra debilidad es, en este sentido, manifiesta. Es, quizás, demasiado frecuente observar cómo nuestro actuar discurre absorbido por los intereses del agente social, cómo se orienta fundamentalmente "hacia fuera", sin que quepa esperar de él otro camino de vuelta hacia nosotros que alguna suerte de satisfacción personal, con el riesgo de que quede reducido a un acontecimiento tranquilizador de conciencias, o a un agregado artificial a la propia experiencia de fe.

La unidad fe-acción sólo sucederá si somos capaces de convertir nuestro encuentro con los pobres en un reencuentro con el Señor y viceversa. Y eso sólo será posible si nuestra acción social se interesa y se nutre de una lectura teológica tanto de la pobreza como de nuestro compromiso.

No podemos contentarnos con que «lo religioso» esté «superpuesto» a la acción caritativa, pero sin influir decisivamente en ella, sin configurarla y determinarla", con que haya "una separación entre la acción en favor de los pobres y el estilo de vida", donde la motivación de fe no llega a impregnar la totalidad de la existencia. (Conferencia Episcopal Española, *La Caridad de Cristo nos apremia*, 40).

CINCO REFERENCIAS FUNDAMENTALES PARA EL CULTIVO DE LA ESPIRITUALIDAD EN CÁRITAS

La presente ficha no es un tratado sobre espiritualidad, sino una modesta invitación a reflexionar sobre el alcance y el modo en que podemos cultivar una experiencia en Cáritas que empuje nuestra experiencia de fe. ¿Desde qué itinerario plantearnos este camino en nuestros grupos parroquiales? Estas cinco referencias quizás puedan ayudarnos a dialogar sobre ello:

1.-La espiritualidad cristiana es una **espiritualidad de seguimiento a Jesucristo**. Efectivamente, todo itinerario espiritual constituye un proceso de maduración en la idea viva de Dios. Sólo creer en Dios no hace a uno cristiano: si un cristiano es alguien que ha descubierto al Dios que se reveló en plenitud en Jesús de Nazaret, el núcleo de su espiritualidad tendrá que ser el encuentro con la persona de Jesús. Espiritualidad cristiana significará poner en el centro de nuestras vidas a Jesucristo; sentir el deseo de conocerlo, amarlo y actualizarlo en la particularidad de nuestras vidas y momentos.

"La Iglesia y los cristianos de cada época debemos mirar muy bien cómo fue la vida de Jesús de Nazaret, no para imitarla miméticamente, sino para seguirla fielmente, adaptándola a nuestras circunstancias. La pregunta que debemos hacernos con sinceridad y con frecuencia, a la luz de la lectura del Nuevo Testamento, de la oración y de las mociones del Espíritu Santo, sería ésta: ¿Cómo se encarnaría el Señor en nuestro tiempo y en nuestra sociedad para cumplir la misma misión que cumplió en aquella época y en aquel pueblo?" (Comisión Episcopal de Pastoral Social, *La Iglesia y los Pobres*, 132).

2. -Jesús, a quien seguimos los cristianos, no nos enseña sólo a vivir algunas cosas de la vida, sino a vivir como seres humanos desarrollando toda nuestra potencialidad. Por eso, una espiritualidad cristiana apunta necesariamente a la **unidad de vida**, a la autenticidad, y ésta se experimenta y se vuelca en lo real, en lo cotidiano y en lo concreto. Apunta a la vida y se interesa por ella, por nosotros, por la persona, por su totalidad, no por un pedazo de ella. No es un talante de la acción ni un formalismo, ni un momento aparte, ni un lugar aparte., sino un proceso penetrante en lo más hondo de cada uno de nosotros.

"Sólo la experiencia profunda de Dios rompe las disyuntivas y nos ayuda a ejercer el ministerio de la cari-

dad: más que como trabajo, como un servicio; más que como una actividad, como un estilo de vida; más que como una iniciativa personal, como enviados por Aquel con quien nos encontramos entrañablemente ligados" (*Documento de reflexión sobre la identidad de Cáritas*).

3.—Para los cristianos, la espiritualidad tiene una **estructura sacramental**, es decir, se sostiene en la experiencia viva de los sacramentos, espacios en donde la vida y la historia son celebradas y relanzadas como proyecto y como lugar de realización del Reino; y especialmente de la Eucaristía, centro de la comunión y de la vida cristiana, en la que Jesús perpetúa su entrega, no de modo pasivo, sino implicándonos en su dinámica (Benedicto XVI, *Carta Encíclica "Deus Caritas Est"*, 12).

En este sentido, hablamos también de una espiritualidad que encuentra en la **Iglesia** y en la comunidad cristiana el lugar privilegiado donde está y actúa el Espíritu Santo, y que, por tanto, reconoce en ella el lugar primordial de encuentro con Cristo y con el Padre.

4.—Es también una espiritualidad basada en la práctica de la **oración**, tiempo para acrecentar la amistad, el amor con Dios y con los hermanos; y en el estudio y el conocimiento de la Palabra, como vía de penetración en la entraña de la realidad y de la vida. "Ha llegado el momento de reafirmar la importancia de la oración ante el activismo y el secularismo de muchos cristianos comprometidos en el servicio caritativo" (Benedicto XVI, *Carta Encíclica "Deus Caritas Est"*, 37).

5.—Finalmente, en quinto lugar, hablamos de una espiritualidad que siente que el **encuentro con los pobres y la acción** constituye un ámbito privilegiado de maduración en la fe, en todo lo que ofrece de reencuentro con el Señor, con su estilo y su afectividad, convertidor de lo más hondo de todos y cada uno de nosotros, transformador de la vida y de la propia realidad. A esto nos referimos otras veces cuando afirmamos que los pobres constituyen un *lugar teológico*.

"El mundo de la pobreza es lugar privilegiado para el encuentro con Dios; del mismo modo, el ejercicio de la solidaridad se constituye en lugar en el que Dios se nos revela, desde el cual nos habla y en el cual tenemos acceso a él. La vida según el Espíritu supone la relación personal con los pobres, mueve al estudio de sus condiciones de vida, al análisis de las causas que las producen, y empuja a buscar soluciones. La vida según el Espíritu convierte la misericordia entrañable en pasión por la justicia; fortalece las propias convicciones y renueva nuestra capacidad de diálogo; nos coloca en el camino de la comprensión con todos y la compasión con los que sufren; nos sitúa en el ámbito de la conversión permanente y la búsqueda de un talante evangélico en nuestro ser, en nuestro saber y en nuestro saber hacer" (*Documento de reflexión sobre la identidad de Cáritas*).

EL GRUPO COMO ÁMBITO PEDAGÓGICO

La espiritualidad entraña la idea de una experiencia personal de relación con Dios, en la que decide la parte particular que cada uno esta dispuesto a poner en juego. Sin embargo, para la mayoría de nosotros el camino de la espiritualidad no constituye una experiencia esencialmente subjetiva, porque a Jesús lo encontramos como sacramento en la vida de la Iglesia, en la comunidad cristiana, como una experiencia de camino compartido con muchos otros compañeros: "Donde dos o tres están reunidos en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos" (*Mt. 18, 19*).

A la gente de Cáritas esta idea de camino compartido nos remite fundamentalmente a la comunidad cristiana, pero también, sin que en él se constituya una identidad cerrada, al **grupo parroquial**, en el que reconocemos el ámbito más genuino (más de base, como decimos tantas veces) de nuestro ser Cáritas..

Cuando hablamos de *grupo* no lo hacemos únicamente en ese sentido de *equipo* de trabajo con el que significamos la identidad organizativa de un grupo de personas que se aplican en el desarrollo de un servicio o tarea, sino a su proceso afectivo, relacional, vivencial.., que nos conduce mucho más allá. Es en este sentido donde podemos considerar que el grupo de Cáritas constituye un espacio privilegiado de rodaje de nuestra espiritualidad, y esto sólo se gana cuando hacemos discurrir su experiencia en un *ambiente pedagógicamente adecuado*. Porque "nuestro ser Cáritas no proviene del mundo organizado de las tareas y funciones, sino de la afección personal y comunitaria que produce en nuestras vidas la irrupción de los pobres" (*Documento de reflexión sobre la identidad de Cáritas*).

¿Cuáles podrían ser algunos rasgos de ese ambiente de grupo nutriente de nuestra espiritualidad?

—El grupo como una **experiencia compartida de acción**.

El grupo de Cáritas es un grupo de acción, y su experiencia pivota en torno a la acción y el servicio como forma de relación con la realidad de pobreza. En este sentido el grupo debe ser un grupo preparado y dedicado, con su metodología, su organización, sus medios, su preparación... y en esta experiencia vamos madurando de una forma determinada... Pero es necesario que abramos nuestra forma de percibir nuestro proceso educativo más allá de esto, que huyamos del *solucionismo* y que convirtamos nuestra experiencia de acción en algo más, en una experiencia compartida de reencuentro con los pobres.

Efectivamente, la experiencia de acción modela las visiones y los sentimientos desde los que nos relacionamos con la realidad de pobreza. Por eso, es necesario que renovemos y cultivemos miradas y sentimientos hondos en nuestra experiencia de grupo, introduciendo en ella *dinámicas de formación, de reflexión, de contemplación* que nos permitan, más allá de nuestro obsesivo pragmatismo, dialogar con la realidad de la

pobreza y de los pobres, y ampliar y renovar nuestras miradas hacia ella.

Es necesario que nos planteemos la *autoformación permanente*, en la que nosotros, el grupo sea, partiendo de la realidad que vivimos, el protagonista: reservando, planificando y organizando momentos, y "responsabilizándonos" de ellos.

Es necesario también que generemos en ellos ritmos de "contemplación" sobre la vida que encontramos: de re-encuentro, de re-visión, de re-cuerdo, y que hagamos paradas reflexivas que nos ayuden a discernir y entender la entraña de la experiencia de pobreza, y a situarnos ante ella con hondura, desde actitudes liberadoras.

–El grupo como una **experiencia compartida de maduración en la fe.**

Todos nosotros partimos en nuestro compromiso de una determinada experiencia de fe. Sin embargo, difícilmente podamos decir alguno que esta experiencia de fe sea una experiencia absolutamente esculpida y pulida, terminada. Como la vida misma, nuestra experiencia de fe es un proceso abierto, en construcción, compuesto de momentos distintos y dibujados con infinidad de tonos.

La propia experiencia en el grupo de Cáritas debe servir para que nuestra fe se vaya renovando desde la vida que nos encontramos, desde la experiencia sufrida de los empobrecidos; debe servir para que en ella relacionemos nuestra fe con nuestra vida y con las vidas de los demás; para relacionar nuestra fe con lo que hacemos; y para (re)encontrarnos, en este sentido, con las enseñanzas, las actitudes, la afectividad del Señor. Para que esto vaya siendo poco a poco así es necesario que nuestros grupos cultiven un ambiente de celebración y de oración.

La Eucaristía es el centro de la fe cristiana. Es fundamental que cada miembro del grupo de Cáritas y el grupo en sí, sintiéndose partes de la comunidad, se planteen la necesidad de tener una experiencia viva de ella, para vivir, celebrar y comprometerse como creyentes.

Por otra parte, es la práctica continuada y viva de la oración lo que nos dispone al diálogo con Dios, y a la posibilidad de relacionar nuestra fe con nuestra acción y con nuestras vidas. Asumiendo aquella vieja convicción de que a "orar se aprende orando", es fundamental también que nos planteemos la necesidad de adoptar su práctica como criterio de grupo, buscando medios, aunque sean sencillos, que lo hagan posible.

–El grupo como una **experiencia compartida de reencuentro con nosotros mismos**, de revisión, de interpelación personal y comunitaria, desde la caridad.

Es necesario cultivar la autenticidad, renovar las motivaciones, los sentimientos, los compromisos, los estilos de vida personales y comunitarios, reconstruirnos con fidelidad al Evangelio, sentirnos ubicados en el proceso de la construcción del Reino de Dios. Toda la realidad que encontramos tiene un camino de vuelta hacia nosotros en forma de exigencia de revisión de

nuestras motivaciones, de conversión de nuestros corazones y estilos de vida.

Es necesario generar en los grupos dinámicas de interpelación personal y corrección fraterna; valorar la realidad, sí, pero introduciendo el cuestionamiento de "Y todo esto, ¿en qué me toca a mí? ¿qué me exige? ¿qué debo hacer? ¿qué voy a hacer?"; encontrando huecos para expresar los sentimientos y las opciones personales. Y para esto es necesario querer y dejarse querer.

–El grupo como una **experiencia de relación y encuentro afectivo** con los demás.

Es imposible cultivar nada de lo anterior si no somos capaces de envolver el grupo en una relación afectiva propicia, de afecto fluido, de sinceridad y confianza, de amistad y alegría. Es necesario cuidar la identidad afectiva de los grupos, llevarnos bien, querernos, cultivar el afecto, la relación, los sentimientos entre los miembros del grupo: programando y dándole importancia, como una parte más de la vida del grupo, a los momentos de convivencia, de alegría, de compartir la vida también "fuera de Cáritas."

GUIÓN PARA LA REFLEXIÓN

1.–La reflexión común la comenzamos intercambiando nuestras valoraciones sobre su contenido: planteamos los aspectos que no hayamos entendido, los que nos parecen más importantes y los que menos, aquello en lo que estamos de acuerdo y en lo que no. Dialogamos sobre ello.

2.–En la última parte se proponen cuatro perfiles de grupo de Cáritas que sirve a la espiritualidad.

–¿Cuáles de esos elementos se dan con más claridad en nuestra experiencia? ¿Cuáles con más dificultad?

–¿Por cuáles de ellos descubrimos con más fuerza la necesidad de avanzar? ¿Qué podríamos hacer para que esto vaya haciéndose realidad?



Cáritas
Diocesana de Sevilla

departamento de formación